

Y te quise mandar ese cabello
 Por si el capricho de besarle tienes,
 Que si á grabar llegaras igual sello
 En los que en esa vez cubran mis sienas.

Alumbrados por luz color de aurora,
 Aunque los muestre blancos el espejo,
 Yo los creeré tan negros como ahora
 Que comienzo á pensar que he de ser viejo.

~~~~~  
**ZARAGOZA ( ANTONIO )**  
 ~~~~~

ARMONÍAS
 —

Cuando en la triste pradera
 Las flores mustias están,
 Y muere la primavera,
 Las golondrinas se van.

Otra vez el campo adornan
 De primavera las galas,
 Y las golondrinas tornan
 Dichas trayendo en sus alas.

Cuando dejan las pasiones
 En el pecho solo espinas,
 Del alma las ilusiones
 Se van cual las golondrinas.

Y en vano la antigua calma
 Anhelamos con afán;
 Las golondrinas del alma
 Nunca, nunca volverán.

* * *

¡Cuál nos encantan las ilusiones
 De amor y gloria, que abriga el alma,
 Que son tan puras como el rocío,
 Y cual perfume son regaladas,
 Y son fugaces como la espuma,
 Y tan suaves como las auras!
 Mas si cual ellos tienen encantos,
 Pronto como ellos también acaban,
 Que esos encantos sólo un momento
 Duran, y luego por siempre pasan,
 Como el rocío, como el perfume,
 Como la espuma, como las auras.

~~~~~  
**ZAYAS ENRIQUEZ ( RAFAEL )**  
 ~~~~~

PRIMAVERALES
 —

¿Sabes tú qué es el amor,
 El amor puro ideal?
 Es ala que dió al mortal
 En su clemencia el Señor;
 Es el placer del dolor,
 Es el dolor del placer,
 Es el hombre y la mujer
 Que, uniendo sus corazones,
 Tienen mutuas sensaciones
 De gozo y de padecer.

Dos almas que están unidas
 Como la flor con las ramas,
 Es su símbolo dos llamas

En una sola fundidas;
 Vibraciones confundidas
 En un acorde sonido,
 Rayo puro desprendido
 De la áurea frente febea,
En dos mentes una idea,
En dos pechos un latido.

*
*
*

Lirio que entreabre su broche,
 Luz pura al amanecer,
 Arpa que entona un preludio,
 Fuiste ayer.

Lirio cuyo aroma embriaga,
 Rayo brillante de sol,
 Arpa que sublime vibra,
 Eres hoy.

Flor que agostada se inclina,
 Lámpara apagada ya,
 Arpa sin cuerdas, mañana
 Tú serás.

Ayer tuviste una madre,
 Hoy amantes tienes mil,
 Mañana tendrás, señora,
 Sólo á mí.

*
*
*

Ver el sol de la tarde en el crepúsculo
 Hundiéndose en el mar,
 Mientras las brisas en eólica arpa

Se escuchan susurrar;

Sintiendo ya vacío mi cerebro
 Y seco el corazón;
 Sintiendo la embriaguez de lo infinito
 Que ofusca la razón;

Viendo al sueño sus alas agitando,
 Y á la noche surgir,
 Sin recuerdos, sin ansias ni pesares,
 Así quiero morir.

*
*
*

Cae una estrella del cielo
 Y en el espacio se apaga;
 Así ya cayeron todas
 Las del cielo de mi alma.

Mas cada estrella de lo alto
 Trae al mundo una esperanza,
 Y las del alma, si caen,
 Una ilusión nos arrancan.

*
*
*

Hallé triste el aposento,
 Reinaba una luz sombría;
 A la habitual alegría
 La sombra del sufrimiento
 Allí reemplazado había.

El abuelo silencioso
 A la cuna me llevó
 Con ademán doloroso;

Y en el fúnebre reposo
A la nieta me mostró.

Al mirarle acongojado,
Alcé una plegaria á Dios,
Y el amigo desdichado
Me abrazó, desesperado,
Y así lloramos los dos.

Largo tiempo así estuvimos
Llorando el perdido bien,
Y aunque nada nos dijimos,
Nuestras penas comprendimos...
¡Yo tengo un hijo también!



SIEBEL

Á Manuel Gutiérrez Nájera



Siebel coloca su haz de flores
Que el aire fresco del alba agita,
Mientras irradian los resplandores
En los cristales de mil colores
De la ventana de Margarita.

Sobre las tapias la enredadera
Cruje y ondula cual verde falda,
Y asida al muro corre ligera
Hasta que en torno de la vidriera
Prende festones como esmeralda.

Ya en los jardines que se embellecen
Bajo las frondas las aves trinan,

Y un misterioso contraste ofrecen
Con las estrellas que palidecen
Los horizontes que se iluminan.

Cae el rocío sobre la grama,
Sobre los pájaros que aletean,
Sobre las hojas de la retama,
Y va cayendo, de rama en rama,
Entre los pinos que cabecean.



Y mientras Fausto, con sus dolores,
Vela, suspira, llora y medita,
Se inunda el cielo de resplandores,
Y Siebel deja su haz de flores
En la ventana de Margarita!



LA ÚLTIMA SERENATA

Á JUAN DE DIOS PEZA



CANTO PRIMERO

I

Vaga, confusa, incierta,
Como un girón de niebla en el Invierno,
Aún se agita y despierta
Mi memoria rendida,
Con el triste recuerdo de mi vida
Amargo á veces, pero siempre tierno.

No es la historia completa; son escenas
Aisladas, en que el drama
Se desarrolla más, en que las penas

Luchan con el placer que las fascina,
 Y en que á través de la confusa trama
 La catástrofe triste se adivina.
 Empero más vivaz, más culminante,
 Más clara, hay una escena,
 Infeliz episodio de mi historia,
 Que se presenta sola en mi memoria
 Como el suelto eslabón de una cadena.

Allá... mi dócil pensamiento vuela
 En horas de quietud, y por mi frente
 Vuelve á cruzar el caso infortunado,
 Única nave que dejó su estela
 Indeleble, luciente,
 Sobre el obscuro mar de mi pasado.

II

Cuando cierro los ojos ahuyentando
 Pensamientos é imágenes sombrías,
 Y, urna de mis recuerdos, abro el alma
 Para que se perfume mi existencia
 Con la divina esencia
 Que exhalan hoy mis juveniles días,
 Miro á través de la dorada gasa
 Del sueño, los diversos,
 Pobres lugares do mi infancia pasa:
 Aquel rincón del patio de mi casa
 Donde compuse mis primeros versos;
 Aquella biblioteca obscura y fría
 Tapizada de viejos pergaminos,
 En donde yo leía
 Los libros peregrinos
 Que exaltaron mi loca fantasía;
 La ventana ruinosa
 Do mi primera novia me besaba,
 La iglesia de mi barrio, silenciosa,

Triste, churrigueresca,
 Con su nave elevada y gigantesca,
 Su pórtico de toscas esculturas,
 Y sus torres hermosas
 Recortando, pesadas y angulosas,
 El transparente azul de las alturas!

III

Después... la mente mía
 Cual corcel hostigado en su carrera,
 Se exalta, se aligera,
 Y me conduce á sitios encantados
 Donde pasó mi juventud primera.
 Aulas llenas de luz: allí los rayos
 De un espléndido sol, limpio y sereno,
 Brillaban indecisos,
 Ora sobre los rizos
 De cabezas alegres, soñadoras,
 Atentas á la altura
 En que el maestro reposado y grave
 Hablaba con mesura;
 Ora por los rincones
 Iluminando solitarios bancos,
 O ya sobre los negros pizarrones
 Llenos de líneas y guarismos blancos.
 ¡Pacios extensos, amplios corredores
 De mi querida escuela,
 Cuál se refresca la memoria mía
 Cuando á vosotros anhelante vuela!
 Y cual mi fantasía
 Rompiendo el triste, tenebroso seno,
 Que ocultaba sus galas,
 En vuestro ambiente, lleno
 De luz y poesía
 Alegre empapa las inquietas alas!

IV

Por fin, ya estás aquí, calle tortuosa,
 Estrecha, solitaria;
 Ni un detalle he perdido; la medrosa
 Larga fachada de color obscuro,
 Frente á la tapia donde cada piedra
 Desmoronada, decoraba el muro
 Con un penacho de frondosa hiedra:
 La forma caprichosa
 De dos columnas de labrado rudo,
 En cuya base jónica, reposa
 El tosco cuadro del antiguo escudo;
 Y luego, aquella reja
 De hierro ennegrecido
 En la que alguien parece que se queja
 De mi culpable olvido!
 ¡Ah! qué mucho que siempre que os recuerde
 Fachada, tapia, reja, hiedra verde,
 Llore por mi abandono y por mi ausencia,
 Si en vuestra calle, lóbrega y sombría,
 La más pura ilusión de mi existencia
 Se ha quedado llorando todavía!

CANTO SEGUNDO

I

Yo estaba enamorado: ¡quién no siente
 Arder á los quince años esa llama:
 La edad, en que se piensa en ser valiente,
 En que se sueñan lauros en la frente,
 Y de un sainete vil, se forja un drama?
 La edad en que queremos como sabios
 Penetrar los arcanos de la ciencia,
 Que alcen un himno á la virtud los labios,
 Ser de los vicios el eterno azote,

E ir por el mundo desfaciendo agravios
 Con las débiles armas del Quijote!

II

Así nació mi amor: en una tarde
 Pasaba con mi libro bajo el brazo
 Por esa calle, y en la reja aquella
 Vi por primera vez, gentil y pura,
 La niña de mis sueños de ventura,
 Pálida, triste, pudorosa, bella.
 Sobre el ancho sillón, las amarillas
 Manos cruzadas en el blando pecho,
 Allí tendida, inerte,
 Sintiendo resbalar por sus mejillas,
 Las sombras de la muerte;
 Allí, como en un lecho;
 La cabeza inclinada
 Como una flor tronchada;
 Con los ojos cerrados, el cabello
 Desordenado en su revuelto giro,
 Y en el delgado y transparente cuello
 Contenido un sollozo ó un suspiro.
 Como un nimbo de luz, un fino encaje,
 Movido á veces por su aliento flébil,
 Ornando su cabeza,
 Y envuelto en blanco y vaporoso traje
 El cuerpecito enflaquecido y débil.

III

Pasé, volví á pasar, y me detuve
 Frente á aquella visión; sentí que el alma
 Se postraba de hinojos,
 Cuando ví que sus párpados se abrían
 Y abrasadores rayos desprendían
 Los profundos abismos de sus ojos.

IV

Y el sol, que se escondía
 Entre las nubes de color sangriento;
 La luna, sin fulgor, que aparecía
 Sobre el obscuro azul del firmamento;
 Una estrella que erraba
 Brillando en los lejanos horizontes,
 En el espeso velo
 En que ya la silueta de los montes
 Va cortando los términos del cielo;
 La nieve del volcán, resplandeciente,
 Enrojecida por el sol poniente,
 Y hasta un granado que en la tapia asoma
 Su rama más florida,
 Hablaron de calor, de luz, de aroma,
 De juventud, de porvenir, de vida.

V

¡Qué contraste, Dios mío!
 ¡Qué mirada tan honda de tristeza
 Te dirigió la niña moribunda,
 Madre Naturaleza!
 Yo ante dolor tan vivo,
 Viéndote hacer de tu hermosura alarde,
 Me retiré callado y pensativo...
 Y así nació mi amor, aquella tardel...

VI

...Después de mis faenas
 Estudiantiles, iba apresurado
 Sintiendo con vigor inusitado
 Correr la sangre ardiente por mis venas:
 Pasaba, como siempre, cabizbajo,
 Tímido, palpitante,
 Siquiera fuese por mirar su sombra,

El divino perfil de su semblante,
 O escuchar en un éxtasis amante
 El rumor de sus pasos por la alfombra.

VII

¡Cuántas veces la ví, como en un sueño,
 Fijar en mí sus ojos,
 Y aparecer en su mejilla pálida
 Misteriosos y púdicos sonrojos!
 Creí que nuestras almas se mandaban
 Algo como un saludo,
 Y en tristes confidencias entablaban
 Algún diálogo mudo.
 ¿Fue cierto?... No lo sé; nunca he podido
 Descifrar el misterio,
 Ni al descansar cual hoy, yo en el olvido,
 Y ella... en el cementerio!
 En mi ánimo abatido
 Yo sólo sé que duerme desde entonces
 La fé con que una vez osaba amarla,
 Cual la chispa en el seno de los bronce
 Mientras no viene el golpe á despertarla.

VIII

Una noche, mi cuarto de estudiante
 No pudo contener porque era estrecho,
 Todas las ilusiones que brotaron
 Del solitario fondo de mi pecho.
 Al canto de mi amor, como gemidos
 De la suprema angustia,
 Respondieron los últimos crugidos
 De mi lámpara mustia;
 El Invierno, otra vez, á los cristales
 De mi ventana en que se mira un cielo
 Pavoroso y sombrío,

Fué á llamar con sus lágrimas de hielo
 Como cuajadas gotas de rocío.
 De mi alcoba salí, dejando el sueño;
 Crucé las calles tristes y desiertas,
 Llegué á la casa de mi amado dueño,
 Y allí detuve el paso
 Frente á esa línea de fulgor escaso
 Que lanzan las maderas entreabiertas.
 Mi romántico ensueño,
 ¿Dónde vagaba en tan solemne hora?
 Tal vez me parecía
 Que yo era el Trovador de esa Leonora.
 Ignoraba su nombre, y no os asombre
 Que así tuviera la razón perdida,
 Pues todos los delirios de mi vida
 Nunca han tenido nombre.
 Me oculté en un rincón de la fachada;
 ¡Ni una luz; ni un rumor!... Todo dormía,
 Sólo mi alegre corazón latía...
 Entre las rotas nubes
 Un astro nada más resplandecía;
 ¡De qué grata ternura
 Se llenó aquella noche
 Mi alma, en el centro de su fé, segural

IX

Entretanto, mi pálida... ¿dormía?
 ¿En mi soñaba acaso? ó reclinada
 En el borde del lecho,
 Sintiendo estaba lo que yo sentía
 Allá... en el fondo de mi cuarto estrecho?
 ¡Ahl si estaba despierta,
 Vago presentimiento
 De que yo estaba ahí, frente á su puerta,
 ¿No la haría temblar por un momento?...

Trémulo me acerqué, y en el exceso
 De mi cariño puro,
 Imprimí largo beso
 En el pesado y carcomido muro;
 En voz baja le hablé de mis amores,
 En voz baja también canté mis penas,
 Cual cantaban antiguos trovadores
 En dulce mandolín sus cantilenas.
 Mi arpa era el viento, cuya voz eólica
 En la frondosa rama del granado
 Vibraba melancólica;
 Con dulce acento entre la verde yedra,
 O grave y triste como voz lejana
 Entre los rotos ángulos de piedra
 O el hierro sin color de la ventana.
 Cuando alcé la mirada al firmamento
 Y ví la estrella huérfana y tranquila,
 Lanzándome el reflejo macilento
 De su inmóvil pupila,
 Me pareció que acompañaba al viento
 Y que en aquella noche, breve y grata,
 Entonaba también mi serenata.

CANTO TERCERO

I

Nueve tardes sin verla; nueve días
 Sin sol, sin luz, sin galas;
 Todas mis alegrías
 Sin fuerzas ya para tender las alas!
 Mi espíritu cansado
 Y el horizonte de mi amor, velado.
 ¡Largas horas, que envueltas
 En el manto de sombras del crepúsculo,
 Visteis mi angustia horrible,

Sin que mi labio prorrumiera un grito,
 Y me visteis inmóvil, pareciendo
 Quizá tan insensible
 Como aquellas columnas de granito;
 Si cruzasteis el mundo,
 Horas que el aura de la noche besa,
 En vuestro tardo paso
 No encontrasteis, acaso,
 Un dolor más profundo,
 Más inquietud, más pena, más tristezaal...

II

Aquella noche, llena
 De reflejos purísimos, traía
 Ese silencio sepulcral que asombra;
 Recortaba con bordes luminosos
 Los oscuros contornos de la sombra;
 Dibujaba en el muro
 Fantásticas siluetas,
 Y hacía arder su resplandor más puro
 Entre las verdes grietas!
 Yo la miré en la calle
 Tender sobre el quebrado pavimento
 Su luz, como blanquísimo sudario,
 Prendiendo, aterradora cual ninguna,
 El amarillo disco de la luna
 En la elevada cruz del campanario.

III

Y corrieron las horas, y me hallaron
 En la misma actitud, mudo y sombrío;
 El alma estremeciéndose de pena,
 Y el cuerpo estremeciéndose de frío...
 ¡Qué batalla tan ruda
 Libraron en mí mismo,

La esperanza, el temor, la fé y la dudal
 Como bíblicos ángeles
 Lucharon sobre el puente del abismo!
 Me decidí por fin; hoy que me acuerdo
 Mi decisión me pasma;
 Crucé á lo largo de la tapia vieja,
 Y, ebrio por el dolor, como un fantasma
 Me detuve en la reja...
 En tan triste momento
 Quiso también acompañarme el viento;
 Gimió en los hierros, empujó la puerta,
 Iluminóse la ventana abierta,
 Y por aquella parte luminosa
 El confuso rumor de una plegaria
 Fué rodando, rodando hasta perderse
 Por la calle torcida, tenebrosa,
 Estrecha, interminable, solitaria...

IV

¡Cómo llegué hasta allí! Sólo recuerdo
 Impresiones primeras;
 El crujir de las ceras,
 De multitud de flores la fragancia,
 Y algunos rostros lívidos
 Llorando en los rincones de la estancia.
 Y blanca, entre las ceras y las flores,
 Por un velo cubierta,
 Allí estaba el amor de mis amores!
 Allí estaba la muerta!
 Me acerqué paso á paso
 Con la alma estremecida,
 Pues que aquel era el delicado vaso
 Que contuvo la esencia de su vida.
 Y levanté ese velo,
 Y á la rojiza llama de los cirios

Ví aquella faz serena,
 De luz, de gloria y de ternura llenal
 Ví aquellas amarillas
 Manos, cruzadas sobre el blando pecho;
 Allí tendida, inerte,
 Ya marchitas del todo sus mejillas,
 Ya envuelta por las sombras de la muerte.
 Tomé una de esas manos, seca y fría,
 Y la estreché, temblando, con la mía;
 Y aquel diálago mudo
 Que interrumpió el dolor y el alma hospeda
 Como á rayo de luz seco follaje,
 Concluyó con el último saludo
 De un espíritu triste que se queda
 Y otro que emprende el misterioso viaje.
 No gemí; no lloré yo era la nube
 Que en tempestuoso cielo se pasea,
 Bañada en agua por el éter sube
 Y al no poder llover relampagueal

V

¡Oh casta imagen de mis sueños, pasa;
 ¡Pobre rincón del patio de mi casa,
 Corredores extensos de mi escuela,
 Pasad; con recordaros, todavía
 Mi espíritu cansado se consuelal
 No he vuelto á ver ni la reja ni la calle,
 Mas vivirán en la memoria mía
 Mientras mi débil corazón batalle.
 Alguna noche grata
 Que recuerda mis horas de ventura,
 La estrella que cantó mi serenata
 Llena de paz, fulgura,
 Callada y triste, como yo en mi duelo,
 Sobre la muda soledad del cielo
 Que semeja en lo inmenso mi amargura.

DE UN POEMA

Hay un papel entre mis versos, mudo
 cómplice del recuerdo que me exalta;
 lo abro temblando, á la memoria ayudo,
 y en el silencio de mi hogar desnudo
 me pongo á meditar sobre tu falta.

*
*
*

Mi espíritu despierto emprende el viaje,
 y libre del afán que lo consume,
 vuela al pasado para ver tu traje
 besar su falda de crujiente encaje
 y embriagarse otra vez con su perfume.

*
*
*

El labio tiembla entonces y te nombra,
 y vuelvo á verme en la risueña estancia;
 las cortinas de tul, la roja alfombra,
 y derramando entre la grata sombra,
 mi regalo de flores su fragancia.

*
*
*

El piano abierto; en el atril alguna
 romanza que cantaste en la mañana;
 el tibio ambiente que á la luz se aduna,
 y el tembloroso rayo de la luna
 prendido en el cristal de la ventana.

*
*
*